Francisco Pineda Gómez

LA GUERRA ZAPATISTA
1916-1919

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
INAH
Ediciones Era

www.edicionesera.com.mx

Coedición: Secretaría de Cultura - Instituto Nacional de Antropología e Historia / Ediciones Era

Primera edición: 2019
ISBN: 978-607-445-523-6 (Era)
ISBN: 978-607-539-249-3 (INAH)

D. R. © 2019, Ediciones Era, S. A. de C. V.
Centeno 649, Col. Granjas México, 08400, Ciudad de México
Oficinas editoriales: Mérida 4, Col. Roma,
06700, Ciudad de México
www.edicionesera.com.mx

Instituto Nacional de Antropología e Historia
Córdoba 45, Colonia Roma, 06700, Ciudad de México
www.inah.gob.mx

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

D. R. Derechos reservados conforme a la ley

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables, la persona que infrinja esta disposición, se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

La reproducción, uso y aprovechamiento por cualquier medio de las imágenes pertenecientes al patrimonio cultural de la nación mexicana, contenidas en esta obra, está limitada conforme a la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicos, Artísticos e Históricos y la Ley Federal del Derecho de Autor. Su reproducción debe ser aprobada previamente por el INAH y el titular del derecho patrimonial.

This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.

www.edicionesera.com.mx

A los pueblos insurgentes
y su Ejército Libertador.

www.edicionesera.com.mx

En esta gran pugna de los muchos contra los pocos, de los hombres trabajadores contra los amos holgazanes, es formidable el empuje de los oprimidos cuando se deciden a hacerse justicia.

El general en jefe Emiliano Zapata

www.edicionesera.com.mx

Índice

Prólogo, por Rafael Medrano, 15
Introducción, 25

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1
Disposición de las fuerzas, 33

Situación de la resistencia, 35
Mujeres rebeldes, 38
Racismo de guerra, 43
Tecnologías de la contrainsurgencia, 47
Imperialismo y contrarrevolución, 52

CAPÍTULO 2
El cerco a Morelos, 65

Frente occidental: Estado de México, 66
Frente sur: Guerrero, 79
La campaña de Puebla, 84
Frente norte: Cuenca de México, 99

CAPÍTULO 3
Invasiones, 109

Chihuahua, 112
Parral, 118
Morelos, 121
Ocupación de Morelos, 129
Tierra y libertad, 133

CAPÍTULO 4
Contraofensiva, 139

El punto culminante de la invasión, 141
Preludio de la derrota carrancista, 149
Orden de ataque general, 159

CAPÍTULO 5
Ofensiva, 167

Ataque general, 170
Hacia la reorganización de las fuerzas, 180
La columna del sureste, 185

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 6
Prolongación de la ofensiva, 197

Disposiciones de combate, 197
Campaña militar, 202
Operación logística, 211
El terror en la estrategia carrancista, 219

CAPÍTULO 7
Crisis interna, 229

Lorenzo Vázquez: la conjura, 231
Otilio Montaño, 233
Domingo Arenas, 240
Eufemio Zapata, 244

CAPÍTULO 8
Reorganización de las fuerzas, 251

Gobierno del pueblo por el pueblo, 253
Ejército del pueblo, 261
Escuela zapatista, 268

CAPÍTULO 9
Guerra y engaño, 277

La Gran Guerra y la crisis, 279
La cuestión de la unidad, 282
Nueva política, 291

CAPÍTULO 10
La lucha de los pueblos oprimidos, 297

Insurrección yaqui, 299
Defensa del maíz, 302
El interés supremo de los pueblos, 307

CAPÍTULO 11
¡Zapata vive!, 319

En busca de pertrechos, 320
La segunda invasión carrancista, 328
Chinameca, 337

Epílogo, 349

NOTAS, 357

FUENTES CONSULTADAS, 411

ÍNDICE ANALÍTICO, 421

ÍNDICE DE MAPAS, 449

Prólogo

A fines del 2017, mi amigo Francisco Pineda me envió el texto de este nuevo libro que terminaba de escribir; es el cuarto que publica sobre la Revolución mexicana. Me preguntó si podía prologarlo. Hace trece años tuve el privilegio de escribir el prólogo a la segunda obra de esta serie y, como entonces, agradezco de nuevo a Francisco por este gesto fraterno de profundo afecto con el que me honra. Al dudar de mi idoneidad para satisfacer su requerimiento, le pedí que me permitiera leer el trabajo antes de aceptar acompañarlo de esta forma en su tenaz labor para develar y reivindicar la gesta libertaria que representó el esfuerzo descolonizador de los indígenas y de los campesinos, los pobres de los pueblos y de los campos del centro-sur del enorme territorio llamado México. Luego de leerlo, impactado y conmovido, acepté con entusiasmo el desafío que constituye presentar esta obra.

Con este nuevo tomo, el autor conforma una tetralogía que comenzó a pergeñar a fines de la década de 1970 y cuya construcción inició hace unos treinta años. Ediciones Era ha publicado esas obras a lo largo de los últimos dos decenios: en 1997, *La irrupción zapatista, 1911*; en 2005, *La revolución del sur, 1912-1914*; el tercer libro, *Ejército Libertador, 1915*, se publicó en 2013. Un ritmo sostenido, un trabajo perseverante tanto del autor como del editor.

Éste es un libro subversivo: subvierte la historiografía mexicana dominante. Además, es iconoclasta: destruye íconos revolucionarios y los regresa a su condición de revolucionarios comunes. A otros los coloca en un lugar diferente: en el de reformadores o conservadores de un orden que decían querer revolucionar. Sobre todo, ésta es una obra sugerente: insinúa nuevas formas de entender lo ocurrido en México durante la guerra civil que se llevó a cabo entre 1915 y 1919, especialmente en Morelos y zonas aledañas. Por último, este libro exigió una práctica transdisciplinaria en la investigación y en la reflexión, lo cual confirma su carácter subversivo.

Tal vez no es casual que su edición llegue al público ahora, durante un acontecer mundial muy similar al que se padecía en nuestro

continente y en el mundo hace un siglo: con una fuerte ofensiva contrainsurgente en toda América por parte del gobierno de Estados Unidos y de importantes sectores empresariales asentados en ese país o vinculados a él, al unísono con una fuerte beligerancia internacional que busca redefinir las jerarquías hegemónicas en los negocios que animan el sistema mundial que vivimos y padecemos. Esta coincidencia de la situación actual con aquella coyuntura de comienzos del siglo XX incrementa el interés que posee este libro y también su utilidad potencial para contribuir a pensar los actuales acontecimientos en nuestra región.

La primera impresión, impactante, que tuve mientras leía este texto fue que en él se reconstruye paciente, meticulosa y comprometidamente cómo esa guerra civil mexicana devino en una guerra contrainsurgente de exterminio y culminó en genocidio, en Morelos y las zonas colindantes. La magnitud y la premeditación de ese genocidio tuvo un alcance monstruoso; sin embaro, hasta ahora, ese crimen de lesa humanidad ha estado ausente de la historiografía dominante y yace silencioso en los archivos históricos institucionales y en los que algunas familias atesoran, aguardando un lugar en la memoria social. Pero el recuerdo del extermino de tanta gente se conservó, cual apagado murmullo, en la memoria de los y las que lo vivieron, como atestiguan las entrevistas y las cartas que Pineda encuentra y reproduce con encomiable arqueología.

Hay otras cuestiones relevantes que nos interpelan al recorrer el libro: la interrelación y la contradicción entre micropolítica y macropolítica, en el sentido en que las trata Silvia Rivera Cusicanqui; la cuestión nacional y la descolonización; el intento de una burguesía –tan escasa de recursos propios como pobre de ideas– por construir un Estado nacional en tan vasto territorio, otrora en poder de diversos pueblos que lo ocupaban desde tiempos inmemoriales; la complejísima cuestión de crear una fuerza armada revolucionaria en ese enorme y diverso espacio, sobrellevando una guerra civil ineludible y devastadora, e intentando ganarla en el corto plazo; la cuestión de las alianzas de los insurgentes, que pretenden subvertir el orden colonial y capitalista, con las fuerzas que buscan reordenarlo para hacerlo más rentable a sus empresas; la intervención de las fuerzas armadas estadounidenses con el propósito de controlar y dominar vastas regiones colonizadas por España y de reciente desgajamiento de esa metrópoli (Cuba y Filipinas) o ya independientes de la Corona española, como México y Centroamérica, en particular. Al

respecto, se nos recuerda esa intervención de Estados Unidos en Filipinas, por la similitud que tuvo con la ofensiva contrainsurgente llevada a cabo en México pocos años después. La invasión y la ocupación estadounidenses de Filipinas, a partir de 1899, se transformaron de inmediato en una guerra de liberación nacional, que fue aplastada, también, con un genocidio. Es de gran interés seguir la sincronía y las características de la acción militar estadounidense en Cuba, Filipinas y México en pos de su constitución como potencia mundial emergente. Los tres casos son diferentes, aunque similares en la masacre practicada sobre la población civil, apenas recordada en los relatos de los vencedores.

Son muchos los temas planteados en esta obra. En ella están presentes la urgencia y la inquietud que diluyen las fronteras entre diferentes disciplinas del conocimiento. Además, en este trabajo su autor se topa contra un muro resistente que ofrece pocas fisuras: el relato de la historiografía dominante construido a lo largo del siglo XX. Quizás la zona de mayores fisuras, en esta sólida pared, sea ese crimen de lesa humanidad cometido en Morelos: el genocidio que está presente a lo largo de toda esta obra, bien visible para las y los que lo quieran ver. Sin embargo, tal visibilidad requiere que se tengan ganas de ver lo solapado.

Desde el inicio de la ofensiva carrancista para invadir y ocupar Morelos, a fines de 1915, como desde el asesinato de Emiliano Zapata, ya ha transcurrido un siglo, durante el cual se han sucedido, sin pausa ni fin, guerras de distinto género a lo largo y ancho del globo: durante ese siglo de guerra ubicua e interminable, estallaron dos conflictos bélicos de alcance mundial y centenares de enfrentamientos entre países, acotados en una región o entre fuerzas que invadieron a otros lejanos; también se desarrollaron decenas de guerras civiles que se entrecruzaron con aquéllos. A la par de toda esa conflictividad armada permanente, durante la centuria recién transcurrida, en nuestro continente se llevó a cabo una constante actividad contrainsurgente, armada y no armada, liderada y estimulada por gobernantes, funcionarios y empresarios estadounidenses, asociados con sus pares latinoamericanos. En ciclos de mayor o menor intensidad, hemos padecido la actuación insistente e ininterrumpida de la contrainsurgencia. Hoy, nuevamente, estamos ante una gran ofensiva contrainsurgente en toda América. Y, una vez más, parece que es en México donde ésta se agudiza –ya hace unos cuantos años, al menos desde fines de la década de 1980– con modalidades particu-

lares, tan particulares como las que tuvo entonces, en los tres años que abarca esta obra. Esto es destacable, y es posible que la acción contrainsurgente llevada a cabo en México, tanto entonces como ahora, proporcione enseñanzas que la potencian para reproducirla en el resto del continente. La guerra incesante y multifacética, que asola a la humanidad desde hace más de cien años, hace que la paz parezca una ilusión, aunque sea una utopía necesaria.

En esta obra están los resultados de una investigación que nos devuelve al saber la brutalidad implacable del racismo, empleado para consolidar y legitimar la apropiación de nuestro continente, validando de esa forma tanto la usurpación de las tierras como la de los cuerpos de las personas que las habitaban. Así, con el silencio que conduce al olvido, se legitimó el crimen a pesar de las atrocidades cometidas y el menosprecio por las culturas y las formas de vida negadas y estigmatizadas.

A comienzos de la década de 1960, Frantz Fanon escribió en su libro *Los condenados de la tierra*:

> Hace siglos que Europa ha detenido el progreso de los demás hombres y los ha sometido a sus designios y a su gloria; hace siglos que, en nombre de una pretendida "aventura espiritual", ahoga a casi toda la humanidad. Véanla ahora oscilar entre la desintegración atómica y la desintegración espiritual [...]. Hace dos siglos, una antigua colonia europea decidió imitar a Europa. Lo logró hasta tal punto que los Estados Unidos de América se han convertido en un monstruo donde las taras, las enfermedades y la inhumanidad de Europa han alcanzado terribles dimensiones.[1]

Cito a Fanon por la notable similitud de sus palabras con las acciones y los dichos de Emiliano Zapata medio siglo antes al aplicar y defender el Plan de Ayala. No es extraña esa sintonía entre ambos luchadores. La cercanía entre ellos es estrecha. Frantz Fanon, descendiente de africanos y tamiles, nació en una isla del Caribe seis años después del asesinato de Zapata. Padeció la dominación y la discriminación propias de un racismo tan directo y agresivo como el del colonialismo francés. Fanon luchó en Argelia en la guerra de independencia y se incorporó al Frente de Liberación Nacional de ese país.

En el texto con que Jean-Paul Sartre prologó la edición del libro de Fanon, publicado en 1961, nos dice, también con notable similitud con Zapata:

> Nos servirá la lectura de Fanon; esa violencia irreprimible lo demuestra plenamente; no es una absurda tempestad ni la resurrección de instintos salvajes ni siquiera un efecto del resentimiento: es el hombre mismo reintegrándose [...]. Cuando los campesinos reciben los fusiles, los viejos mitos palidecen, las prohibiciones desaparecen una por una; el arma de un combatiente es su humanidad.[2]

En las primeras páginas de este prólogo mencioné a la socióloga boliviana Silvia Rivera Cusicanqui por la misma razón que menciono a Fanon: por la similitud de su pensamiento con la revolución campesina que lideró Zapata proclamando "Tierra y libertad". Dice Silvia Rivera:

> La visión desde lo pequeño puede ser subversiva en un sentido que todavía no podemos nombrar adecuadamente. Diré por ahora que quisiera ver un mundo de regiones, no de naciones, de cuencas de ríos, no de departamentos o provincias, de cadenas de montañas, no de cadenas de valor, de comunalidades autónomas, no de movimientos sociales.[3]

La referencia a la *bola* zapatista con que inicia el epílogo de este libro también me evocó los dichos de esta autora boliviana:

> Puede decirse que la insurgencia popular de los años 2000-2005 fue también una constelación de actos micropolíticos. Como lo ha mostrado Pablo Mamani en su libro sobre los microgobiernos barriales de El Alto (2005), las multitudes insurgentes que se levantaron en esa ciudad, en las jornadas de bloqueos de febrero-abril y septiembre-octubre del 2000, y en la llamada Guerra del Gas en El Alto (septiembre-octubre 2003) se organizaron al margen de cualquier liderazgo unificado, y constituyeron una suerte de confluencia rizomática y molecular de acciones autónomas, que sin embargo seguían un impulso y *ethos* articulado. Los mecanismos rotativos, los turnos en el liderazgo y en vigilias y bloqueos fueron sucediéndose en un ritmo complejo y coordinado, tanto en respuesta a las acciones represivas como a través de ofensivas colectivas de gran magnitud.

Y, así, reafirmando su trascendencia, un siglo después Emiliano Zapata sigue vigente.

Este libro de Francisco Pineda, hermanado en la amistad, trata en detalle los problemas generales de la guerra y también sus pormenores: su cotidianidad en esos años de ofensiva carrancista sobre Morelos y zonas circundantes, y las condiciones específicas de esa guerra y de sus exigencias. Junto con ello describe, cual pesadilla, el caos que atravesaba México durante esos tres años de los que se ocupa en esta nueva obra. Y, por sobre todo, demuestra los esfuerzos y los logros de los revolucionarios del sur por gobernar en el territorio que controlaba el Ejército Libertador. Durante la Revolución, en la zona nuclear zapatista, se realizó una experiencia que creo inédita hasta entonces en América: llevar adelante, durante diez años, una guerra revolucionaria construyendo un ejército y a la vez edificando un nuevo orden en el territorio controlado, obedeciendo a lo que se había acordado en el Plan de Ayala. Para detener y derrotar ese magno esfuerzo insurgente se recurrió a una gran ofensiva contrainsurgente internacional que culminó con el genocidio de cientos de miles de civiles inermes y la ejecución sumaria de miles de revolucionarios.

Es asombroso e incomprensible, a menos que se entienda como producto del racismo y de un eurocentrismo aún vigente en plenitud, que una experiencia revolucionaria de esa magnitud, que un proceso que se desarrolló a lo largo de una década, que gobernó efectivamente durante años en una amplia región de los Estados Unidos Mexicanos, no tenga un nombre propio. Carecer de nombre es el peor silencio: es la condena a la inexistencia. De las páginas de este libro y de los tres que lo precedieron emana una exigencia: nombrar a esta revolución, cuyo centro fue el estado de Morelos y zonas vecinas. Tampoco hay un nombre para esa extensa y poblada región.

Compárese la ausencia de nombre propio para ese proceso revolucionario con la presencia de otros de menor envergadura y duración como, por ejemplo, la Comuna de París de 1871. Es notable esta asimetría. La Comuna de París fue una insurrección popular que duró nueve semanas antes de ser masacrada.

La tetralogía que Francisco Pineda conforma con esta nueva obra es una investigación notable y, a la vez, una demanda de reconocimiento a esa lucha por los derechos de los pueblos, cuyos territorios, cuerpos, cultura y existencia fueron usurpados reiteradas veces. Aun-

que en cada una de esas ocasiones las razones argüidas han sido diferentes, detrás de todas ellas está el mismo acendrado racismo.

Este libro, además, logra contextualizar esa época al revelar que el mundo era un sistema con un orden global inestable, que se interrelacionaba ya desde entonces con sorprendente rapidez y donde se transmitían experiencias que tenían lugar en sitios distantes, incluso en otros continentes. Pone en evidencia cómo unos sucesos alejados, aparentemente pequeños, repercutían al poco tiempo en México. Por ejemplo, enlaza las guerras de los bóers con las operaciones carrancistas contra el zapatismo; también sugiere que el salto tecnológico en la industria del armamento de infantería de Estados Unidos otorgó una repentina ventaja en la cadencia de tiro a las fuerzas armadas carrancistas, en detrimento de la potencia de fuego zapatista. Esos cambios, aparentemente pequeños, en las condiciones de la guerra iniciada en México en 1911 tuvieron unos efectos inesperados y enormes en la evolución de esa contienda. A eso me refiero al hablar de caos, a la dificultad o imposibilidad de prever las consecuencias de esos y otros cambios. Es el efecto mariposa al que alude el tan conocido proverbio chino: "El leve aleteo de las alas de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo".

Los ejemplos que da Pineda acerca de los cambios inesperados en las condiciones iniciales de la guerra revolucionaria de México son numerosos y hay que estar atentos a ellos para valorarlos; por ejemplo, la tremenda hambruna que la guerra y el clima generaron. Las malas cosechas en las zonas fuertes del carrancismo y las buenas, en cambio, en las fértiles tierras de la zona zapatista potenciaron la estrategia contrainsurgente de saqueo sistemático del territorio bajo gobierno revolucionario, depredación que alcanzó una sevicia inesperada que culminó en el genocidio ya mencionado. Otro ejemplo es el impacto de las pestes en la salud y en la cotidianidad de la población, del cual también nos informa, incluida la terrible epidemia de influenza, llamada en ese entonces "gripe española", cuyo efecto devastó a la población mundial apenas finalizadas la masacre y la destrucción de la Primera Guerra Mundial.

Por todo esto, por ese caos aparente producido por la multiplicidad de factores que inciden en el acontecer de la humanidad en cada uno de sus rincones y que hace casi imposible la previsión de su deriva, contraviniendo nuestras ilusiones y planes, Pineda nos advierte de lo nefasto que es el pensamiento lineal para analizar y reflexionar sobre cualquier proceso social de cualquier época que se

trate. Esta labor de Francisco Pineda es como la de los zapadores, tan ignorada y poco valorada cuando se historian las guerras: abre camino y tiende puentes para que nuestro saber pueda seguir avanzando.

Uno de los resultados de la investigación que sustenta este libro, quizá el más trascendente en cierto plano, es mostrar los logros alcanzados por las fuerzas armadas que impulsaban el Plan de Ayala tanto en la construcción de una fuerza militar notable como, por otro lado, en tratar de hacer inteligible su agotamiento y derrota luego de dos años de contener y vencer parcialmente a la ofensiva carrancista.

Durante continuas batallas y acciones armadas de diferente índole, desde 1911 hasta fines de 1915, esa fuerza armada revolucionaria, campesina e indígena debió soportar un embate contrarrevolucionario que la tetralogía de Pineda también nos describe. La fuerza demostrada en las numerosas batallas ganadas por ese ejército hizo posible construir, aun bajo esas condiciones de asedio carrancista, el inicio de una sociedad nueva en los territorios bajo su control. Uno se pregunta hasta dónde habrían llegado de no mediar la contrarrevolución respaldada –y exigida– por el gobierno estadounidense a los gobernantes mexicanos y a los empresarios que los apoyaban. Prueba de esa enorme potencia revolucionaria que se desplegó es que la contrarrevolución tuvo que cooptar como leyenda la gesta revolucionaria, hacerla suya y simular su institucionalización para así legitimarse e intentar reencauzar los afanes libertarios del campesinado indígena, que no se resignaba a que le usurparan sus tierras y lo trataran como esclavo.

La construcción del Ejército Libertador fue una experiencia única en nuestro continente, al menos en algunos aspectos, no sólo por el poderío militar que alcanzó y su duración hasta que fue derrotado, sino también por su articulación con la población de la cual surgió. Este libro nos proporciona un mayor conocimiento de ese proceso de generación de poder popular y de construcción de un ejército revolucionario de fuerte presencia y conducción campesina indígena. También, y esto no es de menor relevancia, es una notable indagación acerca de las causas que explican el proceso de su derrota.

Se resalta la grave carencia de municiones que padecía el Ejército Libertador para sus armas de infantería. Pero no sólo era un problema de cantidad; también era de calidad. La escasez no se resol-

vió por la vía de la fabricación propia, aunque algo se solucionaba con eso. El problema era más complejo, pues con la aparición de nuevas armas con una cadencia de tiro mucho mayor, la necesidad de municiones se acrecentó muchísimo. Esa cadencia se multiplicó por dos, por tres y por diez, dependiendo del arma. La fabricación en serie de las ametralladoras, ya a fines del siglo, por parte de empresarios estadounidenses, otorgó una gran ventaja a las tropas de Estados Unidos que invadieron Cuba y Filipinas. En el curso de su consolidación como jefe del gobierno en México, Carranza comenzó a recibir esas ametralladoras. Durante los primeros años del siglo XX, el nuevo armamento de la infantería cambió considerablemente el carácter de las batallas tradicionales y de los enfrentamientos irregulares o guerrillas. Eso incluía también los fusiles, los cañones y la munición empleada.

En el último tercio del siglo XIX, se desarrolló con gran rapidez la industria militar privada en gran escala. Ese hecho debe ser considerado con especial atención porque marca el inicio de lo que hoy se denomina "Complejo Militar Industrial". Probablemente, ese entramado de empresas privadas sea el motor principal de la economía del sistema capitalista contemporáneo. El combustible para que funcione ese motor son las guerras de cualquier índole. La ecuación es muy sencilla, y tan simple como sorprendente es el desconocimiento que tenemos de ella y el desinterés, tanto académico como de las organizaciones políticas progresistas, por revertir esa ignorancia. También sorprende la escasa y muy puntual protesta social contra esa situación que afecta directamente a la mayoría de la población mundial.

Pineda pone atención en las dificultades que padecía el Ejército Libertador para apertrecharse; indaga y nos informa que al inicio de 1917: "el Departamento de Guerra del Cuartel General hizo algunas modificaciones al borrador del contrato, para que especificara la compra de cañones Hotchkiss de cuatro mil dólares cada uno; carabinas Winchester 30-30 de 16 y 18.50 dólares, así como adquirir cartuchos ilimitadamente".

En ese tiempo, la producción de la Winchester Repeating Arms Company, la empresa que fabricaba las famosas carabinas 30-30, era muy elevada. Sólo como un pequeño ejemplo, entre 1915 y 1917, Winchester vendió al ejército imperial ruso 300 mil fusiles modelo 1885. La producción total de las diferentes armas de infantería que vendía esta empresa en esa década fue de millones de

unidades. De la misma dimensión fue la producción de cañones y ametralladoras del conglomerado industrial fundado y desarrollado por el señor Benjamin Berkeley Hotchkiss, fabricante estadounidense que, con asombrosa visión comercial, se expandió en Francia antes de la Primera Guerra Mundial, confiando en el estallido inminente de la guerra global que se avecinaba.

Sin lugar a dudas, para comprender parte de los problemas que tuvo que enfrentar el Ejército Libertador es preciso tener en cuenta la cuestión del armamento que necesitaba y las dificultades para conseguirlo. Dificultades que, a partir de 1917, fueron cada vez mayores. En este libro hay una constante referencia a esos asuntos; es un mérito a destacar, como también lo es que nos permita conocer las dificultades económicas, las cuales limitaban enormemente o hacían imposible acceder al mercado del armamento en la cantidad y la calidad requeridas.

En la guerra civil mexicana y la guerra revolucionaria, que se desarrollaron a la par, se dispuso del armamento producido en serie por la industria privada, principalmente estadounidense. Quizá en su inicio eso fue menos evidente o menos relevante. Pero ya en 1914, el suministro desde Estados Unidos era esencial para el tipo de guerra que se estaba llevando a cabo. Desde este punto de vista, las guerras que se multiplicaron en el mundo desde finales del siglo XIX dependían cada vez más de la producción industrial de propiedad privada. Esas empresas se convirtieron en un factor de poder cada vez más autónomo de los gobiernos, como lo denunció en 1961 el general Eisenhower en su histórico discurso al finalizar su mandato presidencial.

No es exagerado sostener que el Ejército Libertador fue derrotado por este Complejo Militar Industrial (CMI). La guerra civil mexicana iniciada en 1911 se desarrolló durante una coyuntura internacional muy compleja, en la cual el CMI ejerció una influencia creciente en el curso de los acontecimientos mundiales. La situación en que estuvo inmersa la revolución campesina de México justifica la importancia y la necesidad de establecer vínculos con luchas similares en otros lugares del mundo. Este libro nos informa de esos empeños y de los logros alcanzados que contribuyen a explicar la trascendencia y la vigencia de ese proceso revolucionario mexicano que comandó Emiliano Zapata.

Rafael Medrano

Introducción

A mediados de octubre de 1915, el gobierno de Estados Unidos reconoció a Venustiano Carranza como presidente *de facto*. Al mismo tiempo, el Ejército Constitucionalista inició la guerra de exterminio –así llamada por el general Pablo González– contra la revolución campesina de México.

Poco después, al final de la primera decena de marzo de 1916, el ejército de Estados Unidos invadió la República, una vez más. En forma simultánea, el ejército carrancista invadió Morelos. Finalmente, ambas invasiones, en Chihuahua y en Morelos, concluyeron el mes de febrero de 1917. Pero no sólo hubo sincronía en las acciones; además, estos gobiernos y ejércitos mantuvieron una estrecha colaboración operativa.

El petróleo y el material de guerra fueron elementos clave en esa alianza. Durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), las grandes compañías extrajeron de México más de 218 millones de barriles de petróleo, lo que representa un saqueo a gran escala. A nivel mundial, tal cantidad de petróleo sólo fue sobrepasada por Estados Unidos y Rusia. Por otro lado, en el campo de operaciones, la invasión del ejército estadounidense en Chihuahua hizo que el Ejército Constitucionalista pudiera destinar gran parte de sus tropas y mandos a la campaña contra el zapatismo. En las operaciones del sur participaron contingentes carrancistas de muchos estados de la República, pero la gran mayoría era de Coahuila. Tal desplazamiento sólo fue posible porque –además de las fuerzas que entraron a Chihuahua– Estados Unidos concentró en la frontera de Texas a cien mil soldados dispuestos a intervenir.

En Morelos, el ejército invasor arrasó con todo: en el seno de las familias, en campos y poblados, destruyó y saqueó los medios de vida, las siembras, las semillas, los ingenios azucareros, líneas de ferrocarril y telégrafos. La devastación y el genocidio racista fueron enormes. El estado de Morelos sólo recuperó su tamaño demográfico hasta 1940. El ejército carrancista no contaba con bombas de napalm, pero se dio a la tarea de fabricar granadas de gas asfixiante

–empleadas durante la Primera Guerra Mundial– con tecnología adquirida en Estados Unidos. Aquí, sin embargo, esas granadas no se fabricaron para una contienda contra otro país, sino para la guerra interior: la guerra de exterminio contra la revolución del sur.

Los pueblos y su Ejército Libertador resistieron. Fueron protagonistas de una gesta heroica y lograron derrotar la primera invasión por medio de una fuerte campaña militar que duró ocho meses. Pero el daño que provocó el ejército invasor fue irreparable. Tal es el contenido de la primera parte de esta obra.

Lo que vivió la gente en aquel tiempo es indescriptible. Se pueden citar muchos testimonios contenidos en los archivos, y el lector podrá constatarlo en este libro. Pero ¿cómo se podría narrar el enorme dolor que sufrieron las familias a causa de los secuestros masivos de población civil en territorio insurgente? ¿Cómo describir la pena que provocó ver que la gente moría de hambre en las calles de los poblados o el llanto de civiles y milicianos debido a las ejecuciones sumarias y los incendios de las casas? ¿Qué esfuerzo y convicciones son indispensables para realizar una marcha de más de mil kilómetros, en combate, desde Cuautla hasta la frontera del sur? ¿Cómo valorar el trabajo necesario de cada guerrillero para llevar a cabo 1 328 acciones armadas en dos años?

En el periodo siguiente, hasta noviembre de 1918, la revolución trató de reorganizar a las fuerzas civiles y militares, reconstruir la vida y apertrecharse. Al mismo tiempo, el Cuartel General buscó en forma constante la unificación revolucionaria contra el gobierno de Venustiano Carranza. No se consiguió. Pero el Ejército Libertador extendió su zona de operaciones a once estados de la República, fuera del cerco que la contrarrevolución mantuvo sobre Morelos.

Tampoco tuvieron éxito las misiones internacionales que Emiliano Zapata encomendó a Octavio Paz Solórzano, Jenaro Amezcua y Antonio Díaz Soto y Gama para conseguir pertrechos de guerra en el extranjero de forma clandestina. Ni hubo resultados por otras vías, como la compra de un embarque de armas y municiones que estuvo disponible en España o por medio del reconocimiento como fuerza beligerante.

En ese tiempo, la revolución campesina de México llevó a cabo otras importantes tareas. Estableció más de cien escuelas en el territorio recuperado: Morelos y zonas de Puebla, el Estado de México y Guerrero. Se efectuaron elecciones en por lo menos ochenta y una localidades, bajo el principio revolucionario de establecer el gobier-

no del pueblo por el pueblo. Asimismo, se organizaron asociaciones locales para defender los principios revolucionarios, conferencias en los poblados, prensa y un sistema defensivo de los civiles. Al interior del Cuartel General, en Tlaltizapán, se establecieron departamentos –Hacienda, Justicia e Instrucción Pública, por ejemplo– para tratar de suplir las funciones que tenían los ministerios en la desaparecida Convención.

Por otro lado, la jefatura del Ejército Libertador tuvo noticias del espionaje carrancista dentro de la zona insurgente. Pero no fue posible detectar el trabajo enemigo dentro de las filas surianas. Esa limitación derivó en una grave crisis interna relativa a los generales Francisco Pacheco, Lorenzo Vázquez, Domingo Arenas, Otilio Montaño y el asesinato de Eufemio Zapata.

En el segundo semestre de 1918, la pandemia de influenza debilitó aún más a los pueblos y a los contingentes guerrilleros. En diciembre de ese año, cuando el ejército de Estados Unidos ya había cumplido su intervención en la Primera Guerra Mundial, el ejército carrancista emprendió la segunda invasión de Morelos. En poco tiempo, el 10 de abril de 1919, logró el propósito de que Emiliano Zapata, general en jefe del Ejército Libertador, cayera en una emboscada fatal.

A grandes rasgos, con eso concluye la segunda parte del libro. Fue necesario decidir en qué momento hacer el corte. Las principales consideraciones fueron dos. El 4 de septiembre de 1919 se llevó a cabo la votación que designó a Gildardo Magaña para sustituir a Zapata. Pocos días después, el 29 de octubre, Magaña presentó su rendición ante Pablo González. Hubo jefes que siguieron en armas, pero ya no defendieron el Plan de Ayala; enarbolaron el Plan de Agua Prieta, obregonista, y pactaron con el jefe de la guerra de exterminio, Pablo González. El corte definitivo de la revolución quedó marcado con el asesinato de Emiliano Zapata.

Recuperar tierras, montes y aguas –usurpadas desde la época de Hernán Cortés– y defenderlas con las armas en la mano; suprimir el ejército permanente y sustituirlo con el pueblo armado, e instaurar el gobierno del pueblo por el pueblo fueron tres principios y tres prácticas fundamentales de la revolución campesina de México. La liberación nacional y la liberación social contra el coloniaje y el capitalismo estuvieron indisolublemente unidas por medio de la acción directa del pueblo, en la tierra, en las armas y en el gobierno.

•

Este libro es la continuación de tres anteriores, publicados por Ediciones Era: *La irrupción zapatista, 1911*; *La revolución del sur, 1912-1914* y *Ejército Libertador, 1915*. Así pues, con el trabajo que entrego ahora, *La guerra zapatista, 1916-1919*, concluye la tarea de investigación asumida hace treinta años, cuando elaboré el proyecto de investigación general.

La experiencia adquirida en este tiempo ha sido muy importante. Nunca imaginé que existiera la cantidad enorme de información disponible acerca de la revolución del sur. Al inicio, con gran ignorancia, pensé que terminaría la investigación en dos años. Pero en cada tramo las sorpresas fueron mayores. Para el trabajo actual, agregué al acervo digital y a la base de datos –consignados en el tercer libro– el procesamiento de más de 25 500 folios. En cantidad menor, hay documentos del archivo histórico del ejército federal y el archivo de Pablo González. La mayor parte corresponde al acervo histórico del Departamento de Estado, donde se encuentran copias de los informes semanales acerca de la situación de México, elaborados por las fuerzas armadas de Estados Unidos: el ejército y las flotas del Pacífico y el Atlántico.

Pero aún quedan fuentes documentales por rescatar, especialmente, los archivos del Cuartel General que capturó el ejército carrancista. Además, los jóvenes compañeros que estudian el zapatismo en regiones específicas han podido constatar que ahí es posible recuperar gran cantidad de información.

Otro aspecto decisivo para llevar adelante el proyecto general de investigación ha sido la solidaridad que he encontrado en muchas personas. En una ocasión, después de escuchar la experiencia de Jaime Vélez con el archivo de Genovevo de la O, le pedí que conversáramos sobre el proyecto que yo tenía en mente. Me recomendó buscar a Laura Espejel, y ahí comenzó una lección fundamental. Pude valorar la labor de los jóvenes estudiantes que, en la década de 1970, se dedicaron a recoger testimonios directos de los sobrevivientes, además de rescatar, organizar y catalogar documentos y analizar sus contenidos. Abrieron una nueva etapa del conocimiento, la de investigar la revolución con las fuentes revolucionarias: Salvador Rueda, la propia Laura, Carlos Barreto Mark, Citlali Marino, conducidos por la maestra Alicia Olivera, así como Ricardo Pérez Montfort; para el caso del magonismo, Jacinto Barrera Bassols. A todos ellos los he podido conocer personalmente y encontré siempre su ejemplo y apoyo solidario.

En mi opinión, su trabajo representa un valioso aporte para los jóvenes de hoy que se dedican a rescatar fuentes y a estudiarlas; que yo conozca, en el caso del zapatismo, Carlos Barreto Zamudio en la historiografía suriana; Mario Martínez en Tepoztlán; Baruc Martínez en Tláhuac y la zona chinampera; Moroni Hernández en la región de Ozumba-Amecameca, y Édgar Castro Zapata, bisnieto del general Emiliano Zapata, en el archivo de los veteranos revolucionarios.

Micaela Chávez Villa, directora de la biblioteca de El Colegio de México, logró conseguir una copia digital de la traducción del Plan de Ayala y el Acta de Ratificación del Plan de Ayala al inglés, publicada por la brigada de prensa del Ejército Libertador, en 1915, que hoy se encuentra disponible para el público. Mica, además, es una entrañable amiga que conocí en la maestría de Estudios Latinoamericanos, a principios de la década de 1980, y siempre me ha proporcionado orientaciones importantes para la investigación.

Igual que en trabajos anteriores, esta vez tuve el apoyo y el incentivo especial de Luis Prieto, Neus y Jordi Espresate. Mi agradecimiento también es para los investigadores Sergio Guerra Vilaboy y Fernando Martínez Heredia (Cuba); Graciela Sapriza (Uruguay), Felipe Gálvez, Chuy Vargas, Adolfo Olea, Gilberto López y Rivas, Paul Hersch, María de la Soledad González y Carlos Marichal; asimismo, para Lupita Ramos, quien me asistió en la consulta del archivo de Francisco J. Múgica, y para Fernando Lizárraga y Paulina Michel, en la hemeroteca y el archivo histórico de la UNAM.

Guardo una gratitud especial a Dulce María Rebolledo, Jaime Bruce y Rafael Medrano, quienes leyeron el borrador de este libro varias veces y aportaron observaciones y sugerencias valiosas para la versión final. No olvido, por supuesto, el esfuerzo constante y fundamental de Ediciones Era.

Ahora, al concluir el trabajo de treinta años, reitero lo que escribí en mi primer libro. La deuda que tengo con mi familia y muchas personas que han colaborado es impagable. Siempre he tenido en mente a Jaime Osorio y a Ruy Mauro Marini. Bajo su conducción, desde 1975 realicé tareas en lo que llamábamos trabajo teórico: el análisis detallado de la coyuntura internacional, siguiendo los acontecimientos mundiales día tras día. Rastreábamos indicios de la reanimación del movimiento de masas y las estrategias imperialistas de Estados Unidos, cuando la contrarrevolución se propagaba con gran violencia en América del Sur. En ese tiempo, escribí mi primer

artículo: “Angola, la victoria nace de la lucha”. Aquellos años de aprendizaje fueron decisivos; el trabajo era un estilo de vida.

El estudio para este libro se realizó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, como parte de las actividades en la línea de investigación Cultura y Conflicto.

Francisco Pineda Gómez,
8 de mayo de 2018